

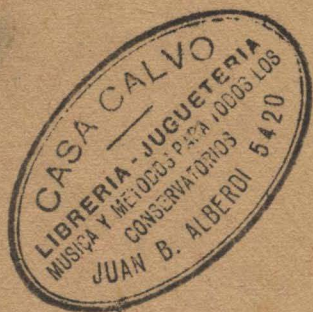
ALICIA EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS



ENTRADA
TOR



00163324



Morita



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

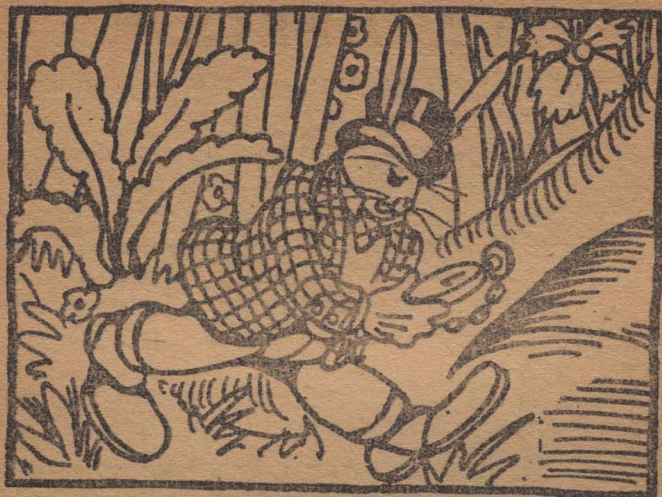
Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Alí Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Capercucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Melique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los sucesos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododac
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolásón y Nicolásín
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia.
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feliz
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



ALICIA en el PAIS de las MARAVILLAS

I

En la conejera



ALICIA estaba sentada a la orilla de un camino al lado de su hermana. Y empezaba a aburrirse, pues no sabía qué hacer. En medio de la somnolencia en que la había sumido el calor de la jornada, y habiendo atisbado inútilmente el libro en que su hermana leía, vió saltar a su lado un conejo blanco, de ojos colorados. A Alicia no le pareció cosa extraordinaria,

como tampoco, oír que el conejo hablaba, diciéndose a sí mismo:

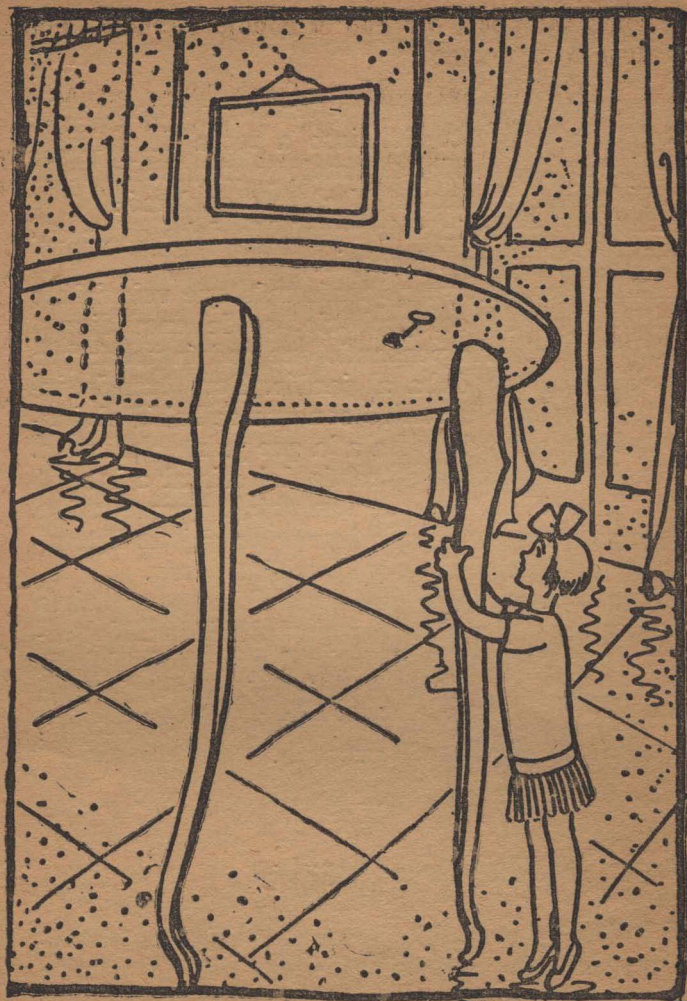
—¡Qué barbaridad!... Voy a llegar tarde.

Sin embargo, al ver que el animal sacaba un reloj del bolsillo del chaleco, miraba la hora y echaba a correr, Alicia se levantó, pues nunca había visto un conejo vestido como un caballero y con reloj de bolsillo... ni de ninguna clase. Picada por la curiosidad, lo siguió y vió que se metía de cabeza en una conejera. La chica se metió también sin pensar que tal vez no le sería posible salir.

Miró a su alrededor y vió que se encontraba en una larga sala alumbrada por una hilera de lámparas que colgaban del techo. Había varias puertas alrededor, pero todas estaban cerradas. Intentó abrirlas, pero no pudo. Pensando en lo que podría hacer, vió en mitad de la pieza una mesa de tres patas, toda de cristal macizo, y encima de ella, una llavecita dorada. La probó en todas, pero en ninguna andaba bien. Advirtió luego una cortinita que ocultaba una puerta que apenas llegaría a un metro de altura. Probó en ella la llave y vió con alegría que entraba. Una vez abierta la puertecita se encontró con que daba a un estrecho corredor. Se arrodilló para mirar en él y vió que iba a desembocar a un jardín precioso. Aunque se moría de ganas de salir de aquel encierro, comprobó que apenas podía meter la cabeza por la abertura.

—¡Cómo me gustaría poder encogerme como un telescopio! —pensó Alicia.

Volvió a la mesa con la esperanza de encontrar



A través de la mesa transparente, vió una llave

un manual que le indicara la manera de hacerse pequeña. Encontró una botellita con una etiqueta que decía: "Bébeme".

Se animó a probar su contenido, y encontrando que tenía un gusto delicioso a torta de cerezas, almíbar, pavo asado, caramelo y empanada, se lo bebió en un santiamén. Y al rato exclamó:

—¡Qué sensación más rara! Me debo estar encogiendo como un telescopio.

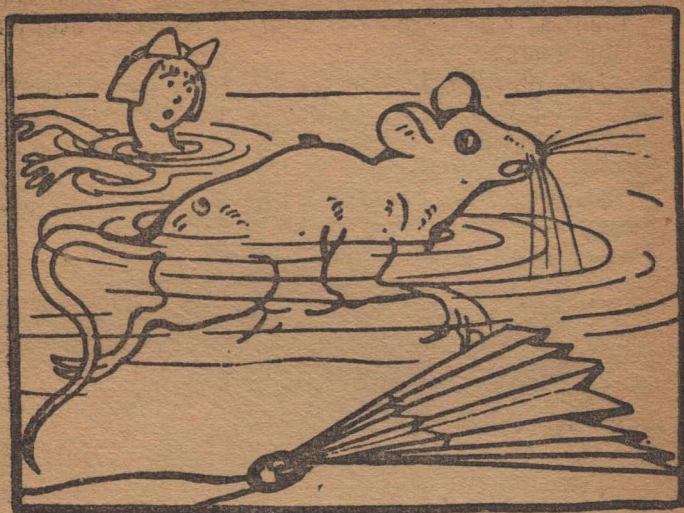
Efectivamente, ya no tenía más que veinticinco centímetros. Al comprobarlo, se le encendieron los ojos de alegría pensando que podría pasar por la abertura que daba al jardín. Pero cuando intentó hacerlo se encontró con que se había olvidado la llave sobre la mesa a la que ya no alcanzaba. La veía nítidamente a través del cristal e intentó encaramarse por una de las patas, pero era tan resbaladiza, que no pudo lograr su objeto. Entonces se sentó en el suelo y se echó a llorar.

Pronto comprendió que llorando no conseguiría nada, y se puso a observar a su alrededor. No tardó en ver una cajita de cristal que había debajo de la mesa. La abrió, y en su interior encontró una torta en la que se leía esta palabra: "Cómeme", trazada con almíbar de grosella.

II

El charco de lágrimas

Ni bien hubo comido la torta, Alicia creció tanto que sus ojos apenas veían sus pies. Y llegó a tropezar con la cabeza en el techo de la sala. Su



Ratoncito, no te vayas...

estatura era por lo menos de dos metros setenta y cinco centímetros. Tomó la llave y abrió la puerta que conducía a la abertura que daba al jardín. Pero no pudo hacer otra cosa que echarse al suelo de costado y mirar con un solo ojo el jardín que tanto la maravillaba. Se sentó, y de nuevo se puso a llorar.

Pasado un rato oyó unas pisaditas y se secó los ojos para poder ver quién era el que llegaba. Era el conejo blanco que regresaba elegantemente vestido, llevando en una mano un par de guantes de gamuza y en la otra un abanico.

—¡Oh, la duquesita! —decía entre dientes—

¡Quiera Dios que no esté enojada por haberla hecho esperar tanto!

Tan desesperada estaba Alicia, que cuando el animalito se acercó, le dijo con timidez:

—¿Tendría la bondad, señor?

Pero apenas la oyó, el conejo salió huyendo, dejando caer los guantes y el abanico. La niña recogió estas prendas, y como el calor apretaba, se puso a abanicarse, murmurando:

—¡Qué cosas raras me están pasando!

Y mientras reflexionaba sobre su situación, se dió cuenta que se había puesto mecánicamente uno de los diminutos guantes del conejo.

—Por lo visto, vuelvo a ser pequeñita —se dijo.

Se levantó, se acercó a la mesa para hacer la comparación y se encontró con que ahora apenas medía cincuenta centímetros y continuaba achicándose rápidamente. Comprendiendo que la causa estaba en el abanico, lo soltó para no llegar a desaparecer del todo.

—¡Ahora al jardín! —dijo.

Se dirigió corriendo a la puertita y se encontró con que de nuevo estaba cerrada. ¡Y la llave dorada aparecía otra vez sobre la mesa de cristal!

—La cosa está peor que antes —dijo—, pues ahora soy mucho más pequeña. ¡Esto ya es insupportable!

Al pronunciar estas palabras, resbaló y se encontró en un charco de agua salada que le llegaba hasta más arriba del cuello. Primero creyó que se había caído al mar, pero pronto comprendió que aquello no eran más que propias lágrimas,



Se sentaron en círculo...

derramadas en abundancia cuando medía dos metros setenta y cinco centímetros.

Al rato oyó un chapoteo cerca suyo y vió un ratón que se había caído como ella.

—Ratoncito —le dijo—, ¿no sabría usted cómo hay que hacer para salir de este charco?

El animalito la miró con ojos un tanto inquisitivos, pero no le contestó.

Y acordándose de la primera frase de su manual de temas franceses, le dijo:

—“Oú est ma chatte? (¿Dónde está mi gata?)”

Al oír esto, el ratón dió un brinco sobre el agua, al parecer muerto de miedo.

—Nuestra familia siempre aborreció a los gatos. ¡Que no vuelva a oír ese nombre!

—Está bien... No lo volveré a pronunciar. ¿Es usted amigo de los perros?

El ratón no contestó. Entonces agregó Alicia, llena de incertidumbre:

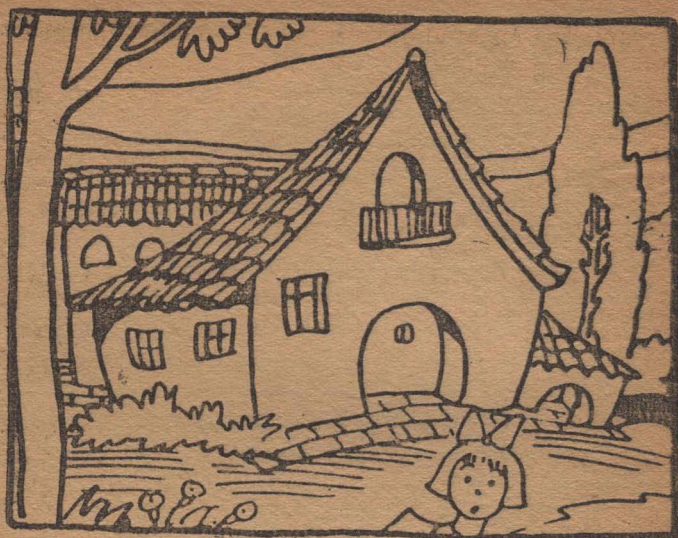
—Cerca de casa hay un perrito muy lindo que me gustaría que usted conociera. Es un terrier de ojos brillantes. ¡Oh! ¿Pero qué digo?... ¡Ahora sí que he debido enojarlo!

Entonces Alicia se fué tras él y le dijo dulcemente:

—Ratoncito, no se vaya... Le prometo no hablar más de gatos ni de perros, si no le gusta.

El ratón se dió vuelta y se acercó a ella nadando tranquilamente.

—Vamos a la orilla —dijo el ratón con voz temblorosa—, y te contaré mi historia. Así comprenderás por qué aborrezco a los gatos y a los perros.



Llegó a un casita muy linda

III

Carrera de conjurados

La niña sostuvo una conversación con el loro, sobre la manera más práctica de secarse.

—Soy el más viejo —dijo éste—, y por lo tanto, el de más experiencia.

Alicia no quiso que continuara sin decir antes cuántos años tenía, y como el verde animal se resistiera, no se le permitió decir una palabra más.

Se sentaron en círculo y el ratón en medio. Alicia deseaba que empezara rápidamente a hablar,

pues como tardara un poco más en secarse, iba a agarrar un fuerte resfrío.

—Para secarse —dijo el pingüino—, no hay como una carrera de conjurados.

—¡Y qué es eso? —preguntó Alicia.

—Lo mejor es explicarlo prácticamente.

Trazó el pingüino en el suelo una especie de circunferencia a la que llamó pista, y luego todos los animales se fueron colocando en la línea trazada, según les pareció bien. Sin esperar aquello de: “a la una, a las dos y a las tres”, se echaron a correr todos de la manera que les dió la gana, con lo que resultaba difícil saber cuándo se terminaba la prueba. Sin embargo, después de estar corriendo media hora, y sintiéndose ya secos, el pingüino gritó:

—¡Terminó la carrera!

Alicia se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita de confites en la que por suerte no había entrado una sola gota de agua, y repartió el contenido entre sus compañeros.

Cuando todos se hubieron comido los confites, le preguntó la chica al ratón:

—¿Se acuerda que prometió contarme su historia?

—La mía es la historia larga y triste de una cola que se arrastra por la vida.

Empezó a narrarla, pero viendo que Alicia se distraía, se enojó.

—¡Ojalá estuviera Dina con nosotros! —dijo la niña—. Estoy segura que nos lo traería.

—¿Y quién es Dina? —le preguntaron.

—Es una gata muy linda. ¡Y más lista para



¡No quiero crecer más!

atrapar ratones! También caza pájaros. Se los come en un santiamén.

Estas palabras causaron una fuerte impresión en la concurrencia. Los pájaros se apresuraron a levantar el vuelo; una urraca se acurrucó y se fué; un canario empezó a llamar a sus pichones, y con distintos pretextos todos desaparecieron, no tardando Alicia en hallarse de nuevo sola. Y rompió a llorar.

Al rato volvió a percibir un ruidito de pisadas, y empezó a mirar hacia el lado de donde venía.

IV

El mensajero del conejo

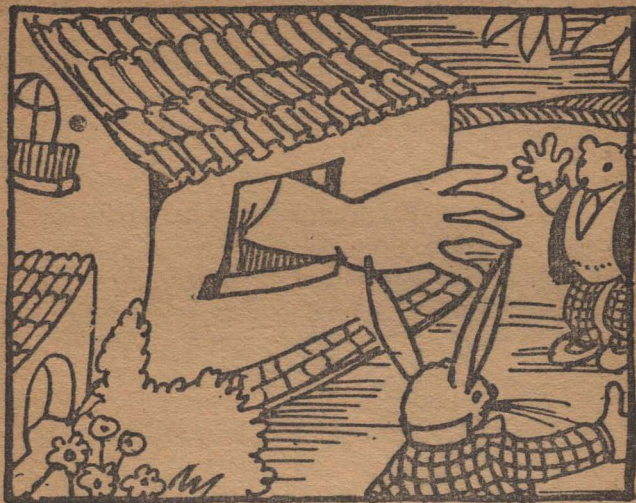
Era el conejo blanco que volvía mirando a un lado y a otro, como buscando algo.

Al advertir la presencia de la chica, dijo el conejo, muy enojado:

—¿Qué estás haciendo aquí afuera, María Ana? Anda corriendo a casa y tráeme un par de guantes y un abanico.

Alicia se asustó y se fué corriendo a la dirección que el conejo le señalaba sin ánimo para decirle que estaba confundido.

Llegó a una casita muy linda en cuya puerta había una chapa que decía: "W. Conejo". Llegó a una pieza en la que vió un abanico y varios pares de guantes sobre una mesa. Tomó el abanico y uno de los pares de guantes y ya se disponía a salir, cuando reparó en un frasco que había junto al espejo del lavatorio. Aunque no le encontró



¿Qué será lo que se ve en la ventana?

ninguna etiqueta que dijera: “Bébeme”, lo des-
tapó y se lo llevó a los labios.

—Seguramente, ocurrirá algo extraordinario—
se dijo.

Y así fué, en efecto. Apenas había bebido medio
frasco, ya le tocaba la cabeza al techo. Se apresu-
ró a dejar la botella en el suelo, diciendo:

—No quiero crecer más, pues soy tan grande
que no puedo salir, ya que no quepo por la puer-
ta. ¿Por qué habré tomado tanto de un tirón?

Ya era tarde para arrepentirse. Continuó ere-
ciendo tanto, que no tardó en verse obligada a
arrodillarse para caber en la habitación. Pronto
ya no lo conseguía, ni estando arrodillada, y pro-



Estaba fumando tranquilas



ante en un narguile oriental

bó de echarse en el suelo. Pero no cesaba de crecer. Como último recurso, sacó una mano por la ventana y metió un pie en la chimenea.

Transcurridos unos minutos, oyó una voz que venía de afuera y que decía:

—¡María Ana!... Tráeme los guantes inmediatamente.

No tardó en oírse una rotura de vidrios.

—Dime, topo: ¿qué será eso que se ve en la ventana?

—Es un brazo.

—¿Un brazo?... ¿Tan grande?... Nada tiene que hacer ahí. Anda y sácalo.

A continuación hubo un largo silencio. Por fin se oyó el rechinar de la rueda de una carretilla y el vocerío de mucha gente. Una voz, que era la del conejo, dijo:

—Que Guillermito baje por la escalera.

Estiró el pie en dirección a la chimenea y esperó hasta oír que un animalito se esforzaba por abrirse paso.

—Este debe ser Guillermito —se dijo—. Dió un puntapié y esperó los resultados.

—Tendremos que prender fuego a la casa — exclamó el conejo.

Entonces dijo Alicia, gritando:

—Si lo hacéis, os echaré a Dina, para que os persiga.

Se reanudó la agitación exterior, y Alicia oyó decir al conejo:

—Para empezar bastará con una carrada.

—¿Una carrada de qué? —se preguntó Alicia.

Pronto salió de dudas, pues en seguida cayó so-



¡Qué serpiente grande! —dijo el ave...

bre las ventanas una lluvia de cascotes, algunos de los cuales le dieron en la cara.

Nuevo silencio durante el cual Alicia observó que los cascotes se convertían en galletitas.

—Estoy segura que comiendo algunas cambiaré de tamaño —se dijo.

Apenas hubo comido una galletita vió que disminuía de proporciones. En cuanto vió que era lo suficiente chica como para pasar por la puerta, echó a correr y se encontró con que afuera había muchos animalitos de todas clases llenos de curiosidad.

Apenas la vieron salir de la casa, todos se aba-

lanzaron sobre Alicia, pero ésta huyó ligero y se encontró a salvo en un espeso bosque.

Alicia se encontró luego junto a un hongo aproximadamente de su talla. Poniéndose de puntillas para atisbar lo que había encima, sus ojos tranquilamente en un narguile.

V

El consejo del gusano

—¿Quién eres? —preguntó al fin el gusano a Alicia.

—Ni yo misma lo sé en estos momentos. Estoy cambiando cada dos por tres.

—¿De qué tamaño quieres ser?

—Preferiría ser un poco más alta.

—Un lado de este hongo te hará crecer, y el otro, disminuir.

El gusano desapareció y Alicia se quedó un rato pensativa, contemplando el hongo en un esfuerzo por descubrir cuáles eran sus lados. Finalmente extendió cuanto pudo los brazos abarcándolo y arrancó con cada mano un pedazo del borde. Mordió el de la derecha para ver el efecto que le producía, y sintió un rudo golpe en la barba: le había tropezado el mentón en los pies. Comprendió que no tenía tiempo que perder, ya que se había encogido tanto, y se apresuró a morder el otro pedazo de hongo. Entonces se le estiró de fal manera el cuello, que no alcanzó a verse los hombros, como si los hubiera perdido.

Convencida de que no podía llevarse las manos a la cabeza, decidió bajar ésta a las manos, y vió



Tenia ante sí un perrito...

que podía doblar fácilmente el cuello en todas direcciones, como una serpiente. Se disponía a sumergir la cabeza en el oleaje de verdor, que resultó ser las copas de los árboles del bosque, cuando oyó un silbido agudo que la obligó a erguirse. Era una paloma que se le había lanzado a la cara, dándole recios aletazos.

—¡Qué serpiente grande! —dijo el ave.

—Yo no soy una serpiente. Yo soy una niña.

—¡Linda invención! ¿Te crees que nunca he visto niñas?

Al cabo de un rato, Alicia cayó en la cuenta de que todavía tenía pedazos de hongo en las manos y en seguida se puso a mordiscarlos indistintamente hasta llegar a equilibrar su estatura normal.

En eso llegó a un claro del bosque donde había una casita que mediría apenas un metro de altura.

Mordió un poco del pedazo del hongo que conservaba en la mano derecha, y no se acercó a la casita hasta verse achicada a una altura de veinte centímetros.

VI

El juicio

Hallándose Alicia frente a la casita, vió salir corriendo del bosque un sirviente con librea que tenía cara de pez. Se acercó éste a la puerta y golpeó con los nudillos. Abrió otro sirviente de librea con cara redonda y ojos de rana.

El sirviente de la cara de pez le entregó al otro una carta diciendo en tono solemne:



Estando Alicia frente a la casita

—Para la señora duquesa. Es una invitación de la reina a un partido de croquet.

Abriendo ella misma la puerta, entró en la casa.

Se encontró en una gran cocina llena de humo en mitad de la cual se veía a la duquesa sentada en un pequeño taburete con un niño de pecho en la falda. La cocinera, junto al fuego, revolvía algo que debía de ser la sopa que se estaba haciendo en una olla.

—Me parece que esa sopa tiene demasiada pimienta —dijo Alicia, después de estornudar.

En eso la cocinera retiró la olla del fuego y em-

pezó a tirar a la duquesa y al niño todos los objetos que encontraba al alcance de la mano.

Después de una larga discusión, le dijo la duquesa a la niña, entregándole la criatura:

—Paséalo un poco. Yo tengo que ir a arreglarme para ir a jugar al croquet con la reina.

Alicia le miró la cara y vió que tenía la nariz de persona, y que sus ojos eran exageradamente pequeños.

—Como persona, hubiera sido horrible —dijo la niña—; pero como cerdo es muy mono.

Se interrumpió al ver en la rama de un árbol a un gato.

—¿Qué gente vive por aquí?

—Allí —dijo el gato, levantando la pata derecha—, vive un sombrerero, y en esa otra dirección, una liebre. Uno y otro están locos.

Alicia entonces se dirigió al lugar donde vivía la liebre. No tardó en llegar. Comprendió que aquélla sería la casa que buscaba, porque las chimeneas tenían forma de largas orejas y el techo estaba cubierto de piel.

VII

Un té de locos

Delante de la casa habían puesto la mesa, y la liebre y el sombrerero estaban tomando el té. Un lirón dormía profundamente, sentado entre ambos, sirviéndoles para apoyar el brazo como en un almohadón. La mesa era larga, pero los tres estaban apretados en una esquina.



Alicia se fijó en el chico y vió...

—¡No hay sitio! ¡No hay sitio! —dijeron a gritos, al darse cuenta que alguien se acercaba.

—Pues yo veo que el sitio sobra —contestó Alicia indignada. Y se sentó en un sillón que había a un extremo de la mesa.

—¿Por qué se parecen los cuervos a las mesas de escritorio?

—Me alegro que empiecen a jugar a las adivinanzas —dijo Alicia.

Después de un rato de silencio, preguntó él mismo a Alicia:

—¿No adivinaste el chiste de los cuervos?

—No. Me doy por vencida. ¿Cuál es la solución?

—No tengo la menor idea —contestó el sombrerero.

—Yo tampoco —añadió la liebre.

Viendo que se trataba de un verdadero té de locos, Alicia se alejó y al rato advirtió un árbol que tenía una puerta en el tronco. Empujó y se encontró otra vez en la sala que tenía la mesa de cristal. Tomó la llave dorada y abrió la puerta que daba a la abertura del jardín. Mordió uno de los pedazos de hongo que conservaba en el bolsillo del delantal, y cuando midió tres centímetros, se introdujo por el pasillo que la condujo al jardín.

VIII

El campo de croquet de la reina

En la entrada del jardín había un rosal de flores blancas a las que tres jardineros pintaban de



Empezó a tirar a la duquesa

colorado. Eran éstos el Cinco, el Dos y el Tres de Corazones.

En aquel momento el Cinco exclamó:

—¡La reina! ¡La reina!

Pasaron primero diez soldados de figura plana, armados de anchas espadas. Seguían a éstos, cortesanos, príncipes e invitados; entre estos últimos, el conejo blanco. Detrás marchaba la carta Jack llevando la corona real en un almohadón de terciopelo, y finalmente, el Rey y la Reina de Corazones.

Cuando todo el cortejo dió la vuelta y quedó co-

locado frente a Alicia, las miradas se clavaron en ella.

—¿Quién es ésa? —preguntó la Reina.

—Me llamo Alicia —contestó la niña.

—¿Sabes jugar al croquet?

—Sí.

—¡Pues, andando!

Instantes después empezaba el partido. Alicia no había visto nunca un campo de croquet tan raro como aquél: las pelotas eran erizos vivos; los palos, flamencos de largas patas, y los soldados se tenían que encorvar, apoyándose sobre las manos, para formar los arcos.

IX

El juicio

Se realizó después un juicio motivado por el robo de unas tortas. El Rey y la Reina estaban en sus tronos, rodeados de una multitud de animales menudos y de las cartas de la baraja.

Jack comparecía encadenado y custodiado por dos guardias. Cerca del Rey estaba el conejo blanco con una corneta en una mano y un rollo de pergamino en la otra.

—Que el heraldo lea la acusación —ordenó el soberano.

Y el conejo blanco, después de dar tres toques de corneta, desenrolló el pergamino y leyó:



Las pelotas eran erizos vivos...

*Nuestra reina hizo unas tortas
la otra tarde en su palacio,
pero se las robó Jack,
para comerlas despacio.*

—Llamad al primer testigo —dijo entonces el rey.

Así lo hizo el conejo, y apareció el sombrerero. Este llegó con una taza de té en una mano y en la otra una tostada con manteca.

—Pido perdón a su majestad por traer las manos ocupadas —dijo—; pero es que cuando me fueron a buscar no había terminado el té.

—Descúbrete.

—El sombrero no es mío.

—Conque es un sombrero robado, ¿no?

—Es que todos los que tengo han sido llevados a mi casa para la venta. Soy un simple intermediario.

En aquel momento Alicia empezó a sentir una extraña sensación: era que estaba creciendo de nuevo.

Mientras tanto, la Reina ordenó a los ujieres:

—Traedme la lista de los que cantaron en el último concierto.

El sombrerero, al oír esto, se echó a temblar.

—Declara de una vez —le ordenó el Rey.

—Yo soy un pobre hombre.

—Si todo lo que tienes que declarar es eso, puedes retirarte.

Entonces el Rey dijo:

—Que comparezca otro testigo.

Viendo Alicia que el conejo blanco repasaba la



El sombrerero se echó a temblar...

lista, estaba impaciente de ver al nuevo individuo que tendría que declarar. De ahí que fuera grande su sorpresa cuando el conejo llamó:

—¡Alicia!

—Aquí estoy —contestó.

—¿Qué sabes tú del robo de las tortas? —le preguntó el Rey.

—Nada.

—Muy bien. Ahora venga el fallo.

—Todavía hay más pruebas —dijo el conejo—. Acaba de encontrarse en el suelo este papel. Llévala escritos unos versos.

Una vez que se hubieron leído y viendo que no tenían pies ni cabeza, dijo el soberano:

—Esta es la prueba más importante que poseemos. ¡A dictar el fallo!

—Primero que se dicte la sentencia —dijo la Reina— y después el veredicto.

—Corresponde primero el veredicto —observó la niña.

—¡Cállate! —gritó la soberana.

—¡No quiero! —respondió Alicia.

En aquel momento, todas las cartas de la baraja se levantaron por el aire formando un torbellino alrededor de Alicia. Ésta lanzó un grito, y al esforzarse por apartarlas, se encontró con que estaba sentada a la orilla de un camino junto a su hermana, con la cabeza apoyada en su falda, mientras ésta le iba apartando algunas hojas secas que, desprendidas de las ramas, se le habían caído en la cara, al tiempo que le decía:

—Despierta, Alicia. ¡Qué manera de dormir!...

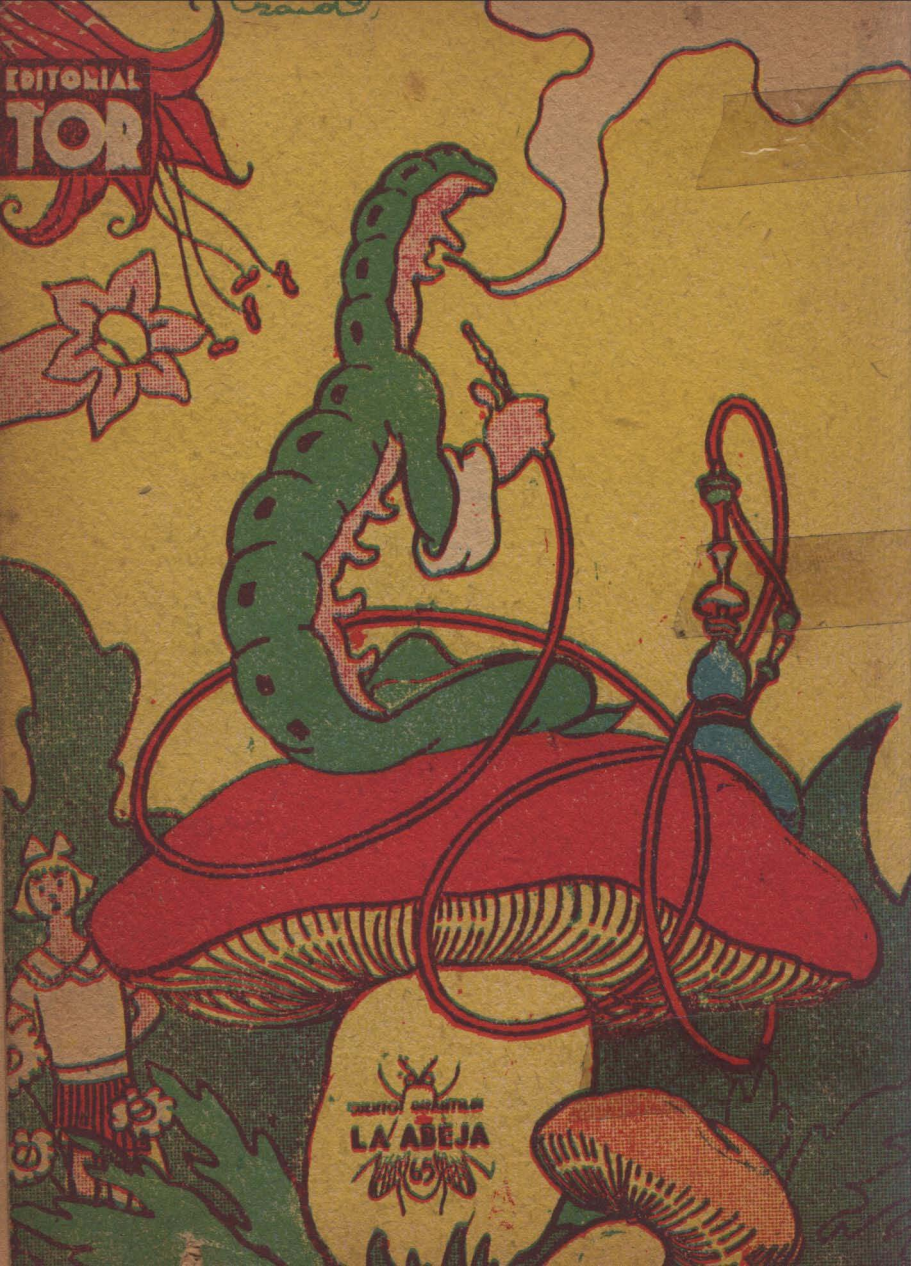
—¡Si supieras qué cosas raras he soñado! —contestó la niña.



SC
C-1A
65

CASA CALVO
LIBRERIA - JUGUETERIA
MUSICA Y RELOJES PARA TODOS LOS
COMSERVARIOS
JUAN B. ALBERDI 5420

EDITORIAL
TOR



CIENTOS ORIENTALES
LA ABEJA